

Transmitir y perdurar

Escribir estas líneas es un modo de agradecer, de sostener la presencia de Lourdes Peruchena en cuanto todavía nos habita y nos cuesta digerir. Es una presencia que perdura, sigue actuando en los modos de pensar, en las palabras que elegimos y en las preguntas que se abren cada vez que intentamos nombrar el mundo.

En tiempos en los que pensar desde una perspectiva de género era poco habitual en los espacios académicos, Lourdes abrió caminos. Seguir sus clases era un desafío. Había que leer muchísimo, volver a leer, detenerse. Pero en esa exigencia había algo profundamente vital: una invitación a entrar en la densidad del pensamiento sin miedo, a encontrar placer en lo difícil y comprender que la historia implica debates necesarios y compromisos que no podemos dejar de atender.

Su manera de transmitir, tan genuina, también fue una forma de conmover. Aprender con ella era asistir a una experiencia única: su forma de relatar la historia medieval era tan cautivante como rigurosa. Nos enseñó a pensar históricamente, a reconocer que detrás de cada proceso histórico hay tensiones, silencios, mujeres. Su relato era cautivador, y su sustento teórico, admirable.

Hace casi dos décadas que conocimos a Lourdes. Muchas de nosotras comenzábamos nuestros recorridos personales y profesionales intentando comprender lo que subyace en la intuición, que aún nos costaba nombrar. Ella supo reconocer esa intuición, verla antes que nosotras mismas y ayudar a darle forma. Activó algo que ya estaba ahí: una sensibilidad que buscaba lenguaje, una inquietud que necesitaba ser atendida. Lo hizo desde el afecto, desde una manera profundamente humana de enseñar; su aula era un espacio de encuentro, de empatía y de solidaridad. Era también el lugar de la poesía: su manera de mirar el mundo tenía la sensibilidad de quien

Transmitir y perdurar

convierte la historia en una forma de despertar. A veces lo más difícil es situar las sensibilidades de una época.

«Veinte años no es nada», y es cierto, para la historia es un parpadeo, un instante. Sin embargo, en nuestras vidas fueron tiempos de transformaciones profundas. En este «corto» tiempo fueron cambiando las concepciones sobre cómo recuperar la historia y las voces de las mujeres. Lo que antes aparecía como un gesto aislado se fue reconociendo como un movimiento profundo de revisión y memoria.

El aporte de Lourdes a la historiografía nacional y regional resulta inconmensurable. Fue precursora en incorporar una lectura feminista en territorios donde esa perspectiva apenas se insinuaba. Su trabajo académico dejó una huella profunda: no solo amplió los márgenes de lo no dicho, sino que transformó el modo de pensar la historia misma, abriendo un horizonte de investigación, de lecturas y sensibilidad crítica que merece ser ahondado por las siguientes generaciones.

Junto a ese legado intelectual, permanecerá la insistencia ética de tomar posición siempre e implacablemente frente a las incomodidades, decisiones que hacen de la ética una construcción y un trabajo cotidiano sobre una misma. Tenía una forma muy propia de animarse a desnudar el mundo: no para escandalizar —o sí, en algunas ocasiones—, sino para revelar. Sabía mostrar que lo más cotidiano es profundamente político y, como solía decir, «la historia es tan compleja como lo es la vida de cada una de nosotras».

Su transmisión fue, en el sentido más pleno, un acto deliberado: desordenar lo impuesto para abrazar otros sentidos desde los cuales podemos pensar(nos). Y por eso, más que un cierre, este texto es el reconocimiento de una continuidad.

Lourdes nos deja el enorme compromiso de seguir abriendo caminos, de sostener la búsqueda y el coraje de pensar con otros sentidos.

Transmitir y perdurar

Y en ese gesto tan suyo nos recuerda que enseñar es también dejar algo que perdure, algo que crece más allá de las partidas.

En la ceremonia del adiós solo resta agradecer la marca profunda que imprimió, preservar por siempre la memoria de las que dieron y dedicaron su vida por un mundo más justo y por la construcción y el compromiso ético-político ante todo lo que viene.

Gracias, profe, amiga y cómplice de nuestras transformaciones, gracias eternas por hacernos parte de tu vida. Serás por siempre uno de esos faros con cuya luz le encontramos sentido a lo que hacemos. Y como dice Silvio Rodríguez, seguirás siendo una de esas mujeres «que no hay libro que las aguante».

Hasta siempre,

VIRGINIA ANNUNZIATTO Y PAOLA CASTRO